

La juventud no dura para siempre. Charlando con Justin Taylor // Youth doesn't last forever. Conversation with Justin Taylor

De iletradoperocuerdo / 18 julio, 2013 / Entrevistas / Un Comentario



(<http://iletradoperocuerdo.files.wordpress.com/2013/07/taylor-jbs-rooftop.jpg>)

Recuerdo que hacía un calor sofocante. Lógico, si tenemos en cuenta que eran los últimos días de junio de 2012 y era en Madrid donde me encontraba. Como en tantas otras ocasiones, para remediar esa sensación de agobio, lo mejor era buscar con ligereza un reducto. ¡Y qué mejor lugar que una librería! Rauda y veloz fui al encuentro de mi centro de salvación. ¿Y qué suelo hacer cuando me adentro en una librería? Compró libros a diestro y siniestro. En aquella ocasión, la inquieta mirada se posó en un título que me robó una ligera sonrisa y me inquietó a la vez –es increíble la capacidad del



ser humano por hacer estas cosas-. Se trataba de *Aquí todo es mejor* (Alpha Decay) Y pensé: “¡Si aquí todo es mejor, habrá que unirse a la fiesta!”. Su autor era **Justin Taylor**, escritor joven, que colabora en un montón de publicaciones serias y vive en Brooklyn. Envidié a aquel tipo de inmediato.

Ya en el hostel –ya saben que esto no da dinero para grandes lujos–, comencé a leer ese conjunto de cuentos sobre la juventud, una juventud perdida, arruinada y cuyos personajes complejos inquietan por esa sensación de desarraigo que te contagian. Confesiones sobre la virginidad, el fugaz paso del tiempo, ese “no existo y nadie me comprende” típico de la adolescencia, esas posibilidades de escape...

Quince relatos bien estructurados, sin grandes artificios, sin escrúpulos. Al terminarlos, sentí la necesidad de preguntarle cómo lo hizo, cómo logró radiografiar las dificultades y confusiones propias de una edad ya de por sí incongruente. Quise que me diera su fórmula, directamente; así de intruso soy. No obstante, en aquel entonces decliné esa opción.



(<http://iletradoperocuerdo.files.wordpress.com/2013/07/el-evangelio-de-la-anarquia-9788492837571.jpg>) Tras la publicación este mismo año 2013 de su primera novela, *El evangelio de la anarquía* (Alpha Decay), volvieron a mí esos pensamientos e inquietudes sobre Taylor. Escribir relatos cortos o cuentos es un magnífico ejercicio práctico para desarrollar grandes historias, pero atreverse con una novela, según dicen muchos, ya es cosa seria. Así pues, ni corto ni perezoso me embarqué en otra de esas aventuras que nos devuelven la alegría –sí, ya sé, suena muy cursi-. Decidí preguntarle a Justin Taylor por esos despropósitos que merodeaban por mi oquedad craneal sobre el relato en Norteamérica, la juventud “divino tesoro”, el éxito prematuro (¿e inmaduro?)... Para emprender este viaje necesité de una

exploradora audaz, una experta en las artes de la hermenéutica. ¡Quién mejor que **Marta Alcaraz**, la traductora de Taylor en España! A ella le debo prácticamente todo de esta entrevista que podrán leer a continuación. Entre Taylor y Alcaraz lo hicieron todo. Yo me limité a sonreír.

Pregunta: En España te diste a conocer gracias al libro de relatos *Aquí todo es mejor*, publicado por Alpha Decay. Muchos vieron en esos cuentos una semejanza, por su detallismo y profundidad, con los textos de Raymond Carver. Ciertamente, en Estados Unidos existe una tradición cuentística importante. Al nombre de Carver se le pueden sumar otros ilustres como Allan Poe, Hawthorne, Meville, Hemingway, Fitzgerald, O. Henry, Crane, Salinger, Shirley Jackson, Breece D' J. Pancake, Vonnegut... ¿Podría decirse que el relato breve es una tradición? ¿Una marca de identidad de la literatura estadounidense?

Justin Taylor: Sí, creo que sí. Y, por supuesto, me gustaría poder considerarme parte de esa tradición que describes, sobre todo si puedo añadir algunos nombres a la lista: **Flannery O'Connor**, **Denis Johnson**, **Barry Hannah**, **Donald Barthelme**, **Alice Munro** (es canadiense, pero qué diablos), Carver. El relato ha florecido en la literatura estadounidense. Con todo, no sé si podríamos hablar de una tradición –estadounidense o no– sin **Chéjov** y **Tolstoi**, o **Isaac Babel**. Y en el siglo XX tenemos a **Calvino**, **García Márquez**, **Kafka**, **Borges**, y muchos otros que ahora mismo no recuerdo. De todos modos, lo que quiero decir es que mientras que la literatura le ha brindado al relato una acogida especialmente buena, el género en sí es una tradición global y no una invención o una exportación exclusivamente norteamericana.

P: Tus cuentos de *Aquí todo es mejor* se caracterizan, entre otras cosas, por retratar la confusión, ambigüedad y frustración de los jóvenes. Tu radiografía de la juventud norteamericana es incisiva. ¿Esos jóvenes pueden aspirar al “American way of life”? ¿Hay esperanza para esa generación que ve ante sus ojos un futuro incierto? ¿Es la juventud un terreno peligroso?

J. T.: No tengo ni idea de lo que significa el “American way of life”. Nuestra nación es una masa gigantesca e inconexa, y casi siempre lo ha sido. Supongo que, de ser algo, el “American way of life” sería la idea de que puedes sumarte a la fiesta donde quieras, o donde sea que estés. Como no le debes nada a nadie, eres libre de no trabajar o de joderte la vida o de no saber qué estás haciendo. Tenemos una falta de sentido de obligación o necesidad increíble, lo que, en cierto modo, es la condición básica de la juventud, antes de que a la juventud le asignen responsabilidades. Tus responsabilidades puedes escogerlas o puedes rechazarlas de plano; estos me parecen gestos muy americanos. Y son gestos muy peligrosos, porque la juventud no dura para siempre.

P: En el mundo editorial son muchos los que han llegado a decir que “el cuento no vende”. Incluso hay quienes lo consideran un género menor. Al parecer, prefieren relegar su publicación a las revistas especializadas o Internet. ¿Dirías que tienen razón, que no el relato corto no merece el mismo tratamiento que la novela o la poesía, y que los cuentistas son escritores de segunda?

J. T.: Eso también se dice en Estados Unidos. Se dice en todo el mundo, creo, pero no estoy seguro de que un libro de relatos en particular funcione peor que la novela literaria media. Es posible que a los libros de relatos les cueste más «despegar» y alcanzar el éxito que a las novelas, pero eso en sí mismo no es razón para no publicarlos. Que el mercado A sea más pequeño que el mercado B no quiere decir que el mercado A deje de existir o que el dinero que reporta no interese. De todos modos, los dos últimos años han sido espléndidos para el relato norteamericano: los libros de relatos de **George Saunders**, **Karen Russell** y **Junot Díaz** fueron superventas, y el de **Nathan Englander** fue finalista para el Pulitzer. Creo –espero– que eso ha contribuido a llamar la atención de los editores o, al menos, les ha hecho ver que esos “bombazos” todavía son posibles.

P: ¿Cuál es, según Justin Taylor, la clave para crear una buena historia?

J. T.: Si existiera, ya no tendríamos que seguir escribiendo historias.

P: Este mismo año se ha publicado en España tu primera novela *El evangelio de la anarquía*. En ella, un recién licenciado vive una singular historia con un grupo de anarquistas y libertinos. ¿Cómo fue el paso del relato corto a la novela? ¿Sentiste la necesidad de ahondar en esa historia con cierto punk? ¿O bien quisiste saber si eras capaz de desarrollar una trama más compleja de la que suele llevarse a cabo en los relatos?

J. T.: Ha sido una transición extraña. Dos de los relatos de mi primer libro se desarrollan en una casa punk-rock como la de mi primera novela. Lo que pasó fue que después de escribir el primer relato ambientado en esa casa, retomé los personajes y escribí otro. Creo que fue la primera vez que hacía una cosa así. Con la segunda historia ya escrita, los relatos me parecieron buenos, pero quería hacer más con el entorno — todos esos bichos raros en una casa donde puede pasar cualquier cosa —, y me pareció que, para llevar las cosas más lejos, necesitaría otro estilo. Los relatos eran muy elementales y tenían cierto punto satírico. Pero me dije: “Si voy a escribir un libro entero sobre esta gente, no puedo burlarme de ellos, así que necesito crear un estilo que me permita tratarlos con seriedad o cuidado”. Y traté de escribir una novela con una prosa rica que hiciera justicia a sus emociones y creencias. Puede que, al leerla, no sientas lo que ellos sienten, pero deberías ser capaz de comprender su manera de pensar, por qué hacen optan por lo que optan y viven como viven.

P: En *El evangelio de la anarquía* centras tu mirada en algunos de los aspectos más complejos que definen parte de nuestra condición humana: la religión y la política, la fe y el fanatismo, el deseo y la necesidad. ¿Qué buscas exactamente con tu escritura, despertar conciencias, alertar de los posibles peligros y abusos del poder?

J. T.: Yo sólo quería mostrar a jóvenes creyendo en algo y viviendo como si creyeran que su vida es importante. En cierto modo, la idea de que tus acciones y tus sentimientos tienen un valor trascendental (positivo o negativo) es la base de cualquier religión, y, sin duda, la del cristianismo. Así que pensé, ¿qué pasa si eliminas todo lo “normal” y lo “tradicional” pero dejas el concepto que subyace? Supongo que ese fue mi punto de partida. Los personajes anhelaban ese mismo sentido de tradición del que se habían despojado: empiezan a buscar modelos de conducta casi de inmediato y, más adelante, fabrican un libro sagrado. Partir de cero es imposible; los deseos de pureza revolucionaria y de pureza espiritual son ambos deseos utópicos: al final convergen, y era esa convergencia lo que me interesaba.

P: Junto a Tao Lin, Blake Butler, Dana Spiotta o Justin Torres, por citar algunos nombres, formas parte de las “nuevas voces de la literatura norteamericana”. ¿Qué otros autores destacarías de tu generación? ¿Qué crees que os define y caracteriza del resto? En otras palabras, ¿qué aportáis a la narrativa actual?

J. T.: No creo que se pueda hablar de la literatura estadounidense de nuestros días sin mencionar a **Joshua Cohen** y **Fiona Maazel**. Sus libros son lo más divertido, inteligente y provocativo que Estados Unidos tiene que ofrecer el mundo ahora mismo. También soy un grandísimo admirador de la novela de **Adam Wilson** *Flatscreen* y de *Leaving the Atocha Station* de **Ben Lerner** (y también de sus poemas). No sé lo que me caracteriza ni lo que aportó. Yo tan sólo me levanto cada día y trato de hacer algo honesto que nadie haya visto nunca: “El propósito de toda literatura es la creación de un extraño objeto cubierto de pelo que te rompa el corazón”, como dijo **Donald Barthelme**, aunque cuando lo dijo se refería a las tazas de té de **Meret Oppenheim**, claro está, (que, obviamente, ya había visto antes), pero la idea es ésa.

P: Hace relativamente poco salió publicado un artículo en España en el que se decía que las editoriales apuestan cada vez menos por los autores noveles. ¿Cuál ha sido tu experiencia?

J. T.: No tengo ni idea. Espero que eso no sea cierto.

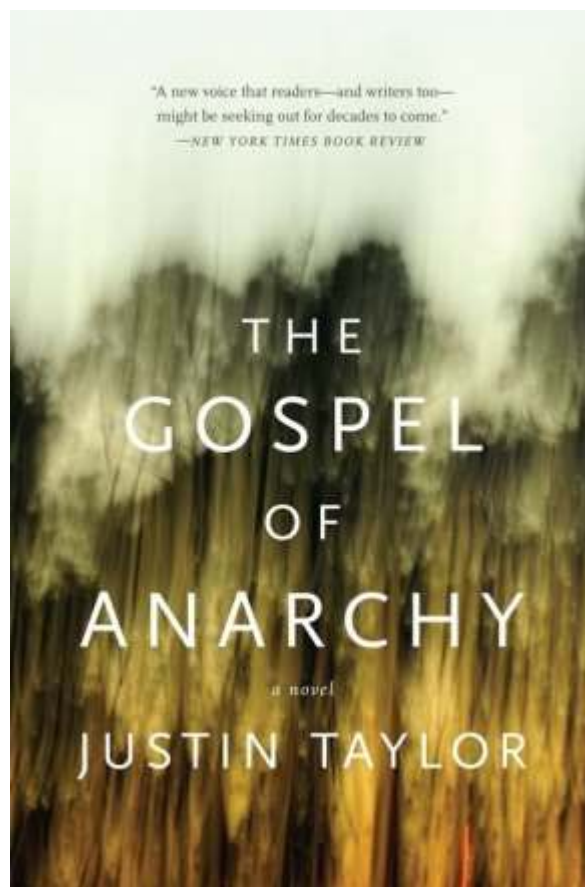
P: Teniendo en cuenta que han existido autores “tardíos” como pudan ser Charles Bukowski o el caso actual de Donald Ray Pollock... ¿Es tan importante alcanzar el éxito antes de los 30? ¿O es una mera obsesión impuesta por esa competitividad propia de la idiosincrasia estadounidense, aquella que siempre apuesta por ser el mejor en todo?

J. T.: Triunfar antes de los treinta no me parece importante en absoluto. A mí me ha pasado, pero no me considero emblemático ni típico ni mejor que nadie por haber vendido un libro a los veintisiete años. Yo escribí un libro y alguien quiso contratarlo, y lo contrataron. Pero escribirlo podría haberme llevado otros diez años perfectamente. O podría haberlo escrito y luego haber tardado diez o veinte años a escribir el otro. Eso no pasó, evidentemente, pero podría haber pasado. No creo que la edad del autor importe ni si es una primera obra o la segunda o la que hace cuarenta. Podría decirse que muchos de mis autores preferidos fueron “tardíos”: ahora mismo me vienen a la cabeza **Marilynne Robinson** y **David Gates**. Ninguno publicó una sola palabra de narrativa hasta los cuarenta, y entre los dos han escrito dos o tres de mis libros favoritos. O **Melville**, que un invierno se flipó, se empapó de **Shakespeare** y la Biblia y luego, en cosa de un año, puso a *Moby-Dick*. Es para alucinar. Y luego están otros como **Justin Cronin**, que pasa una temporada dedicado a una cosa y luego se reinventa por completo: se levanta un buen día y se pone a escribir *The Passage*. O el tío este, **Tom Franklin**, un gran escritor sureño, realista, pero que sale con un libro, *Smonk*, que es una auténtica locura: lo nunca visto, ni él ni nadie han hecho nada igual. Lo escribió hará ya unos seis o siete años, en mitad de su carrera. ¿Por qué entonces? ¿Y cómo lo hizo? ¿Y por qué no vuelve a hacerlo? No conozco las respuestas a estas preguntas, y, en última instancia, no importan. Porque el libro ya está escrito. El libro existe.

P: Dicho esto, ¿por qué escribir? ¿Y para qué?

J. T.: Esto es como cualquier otra cosa, tío: por amor y por dinero. A veces sólo consigues uno de los dos. A veces, ninguno. En un día bueno, te toca un poco de cada.

¡Y ahora turno para los angloparlantes!



Question: You made your name in Spain thanks to the stories of *Everything Here Is the Best Thing Ever*, published by Alpha Decay. In their depth and attention to detail, many have seen certain similarities with the writings of Raymond Carver. The short story tradition in the United States is indeed important, and to Carver's we may add the names of Poe, Hawthorne, Melville, Hemingway, Fitzgerald, O. Henry, Crane, Salinger, Shirley Jackson, Breece D'J. Pancake, Vonnegut... Should we consider the short story a tradition, a distinguishing feature of American literature?

Justin Taylor: Yes, I think you should. And of course I would like very much to think of myself as part of that tradition as you describe it, especially if I can add a few names to the list: **Flannery O'Connor, Denis Johnson, Barry Hannah, Donald Barthelme, Alice Munro** (Canadian, but what the hell), Carver. The short story has flourished in American literature. That said, I'm not sure there would be a tradition to speak of—American or otherwise—without **Chekhov and Tolstoy, or Isaac Babel**. And in the 20th century there is **Calvino, Garcia Marquez, Kafka, Borges**, many more I am forgetting just now. Anyway my only point is that while American literature has been particularly hospitable to the short story, the form itself is a global tradition and not strictly a U.S. invention/export.

Q: The stories of *Everything Here Is the Best Thing Ever* are characterized amongst other things by their portrait of youth's confusion, ambiguity and frustration. Your depiction of America's youth is incisive. Can they aspire to the "American way of life"? Is there hope for a generation with such a bleak future ahead of them? Is youth dangerous ground?